


## EL ARTE DE LA FORMACIÓN UNIVERSITARIA Y LA NECESIDAD DE RECUPERARLO.

The art of university education and the need to recover it.

**Francisco Esteban Bara.**

Universitat de Barcelona,  
Barcelona, España.


[franciscoesteban@ub.edu](mailto:franciscoesteban@ub.edu)

 <https://orcid.org/0000-0002-8679-2090>

**Josep Corcó Juviniá.**

Universitat Internacional de Cata-  
lunya, Barcelona, España.

[jcorco@uic.es](mailto:jcorco@uic.es)

 <https://orcid.org/0000-0001-7030-4745>

Este trabajo está depositado en Zenodo:

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.10032123>

### RESUMEN

La formación universitaria tiene una condición artística: la búsqueda de la verdad de las cosas. Los gérmenes de esa actividad humana se encuentran en el monaquismo occidental y en las primigenias universidades de la Edad Media. Sin embargo, la modernidad y la posmodernidad han afectado a ese arte. Se podría decir que la universidad se está convirtiendo en una escuela profesional altamente calificada, una antesala del mundo laboral, un lugar de adquisición de saberes rentables, efectivos y eficientes. El objetivo de este trabajo es doble: indagar en las fuentes artísticas de la formación universitaria y presentar situaciones que deberían ser subsanadas para resguardar esas fuentes. Para lograrlo, se ha utilizado la revisión bibliográfica. Se transita primero por el monasterio y la herencia que ha dejado para formación universitaria; luego se abordan los modos de pensar que atentan contra el arte universitario; y, por último, nos dedicamos a las conclusiones.

**Palabras claves:** Monaquismo; filosofía; formación universitaria; arte.

### ABSTRACT

The university education has an artistic condition: the search for the truth of things. The germs of this human activity are found in Western monasticism and in the early universities of the Middle Ages. However, modernity and postmodernity have affected that art. It could be said that the university is becoming a highly qualified professional school, a prelude to the world of work, a place of acquisition of profitable, effective, and efficient knowledge. The objective of this work is twofold: to investigate the artistic sources of university education; and present situations that should be corrected to safeguard these sources. To achieve this, the bibliographic review has been used. First goes through the monastery and the legacy it has left in university education. After, we present the ways of thinking that threaten university art are addressed; and finally, we dedicate to the conclusions.

**Keywords:** Monasticism; philosophy; university education; art.

## INTRODUCCIÓN

La relación del monaquismo occidental con la Iglesia católica tiene un importante valor simbólico. San Gregorio, sexagésimo papa, lo refleja en el Libro II de sus *Diálogos* cuando se refiere a San Benito (2010). El texto en cuestión es considerado como una de las aportaciones más significativas de la vida del iniciador del movimiento monástico y patrón de Europa. Los monasterios benedictinos, fundados a partir de la Regla de San Benito, también conocida como la «Santa Regla», son autárquicos, autosuficientes. Solo así, en esa condición, pueden alcanzar su misión: *Quaerere Deum*, buscar a Dios. Pero no son lugares de independencia absoluta, se espera de ellos fidelidad a la Iglesia y, por lo tanto, a la autoridad papal. La relación del monaquismo occidental con la Iglesia ha evolucionado desde entonces, pero no ha perdido su esencia, y por eso se mantiene una armoniosa convivencia que dura más de 1.500 años (Leclercq, 2008).

La vida monástica es contradictoria. Por un lado, tiene un punto de incompreensión que ha ido en aumento con el paso del tiempo. En el actual imaginario social, sobre todo en el laico, ateo y agnóstico, se pone en tela de juicio, básicamente porque se duda de su utilidad a la hora de conquistar el bien común. Se podría decir también, en un discurso más actual, que se valora a la baja su concurso en la Agenda 2030 sobre el desarrollo sostenible que la Organización de las Naciones Unidas (ONU) aprobó en el año 2015. Allí se incluyen 17 metas, los ya famosos Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) que, si se consiguen alcanzar con el concurso de todos, qué duda cabe, viviríamos en un mundo mejor (ODS, 2023). El representativo y conocido lema monástico *ora et labora*, no digamos el auténtico *ora, lege, labora*, no parece aportar mucho a los tiempos que corren. Más

si cabe cuando dichas actividades humanas se llevan a cabo entre los muros del monasterio. Incluso podría plantearse la pregunta de qué necesidad hay de contar con esa vieja institución cuando el mundo cambia tan rápido o cuando el mundo en el que apareció y se instauró ya no existe. No parece haber una justificación racional y positiva para el monasterio y el monje.

Por otro lado, presenta un lado positivo que no puede pasar desapercibido. La posmodernidad deja espacio para el monasterio y todo lo que ello conlleva. Se le considera un brote verde, un halo de esperanza en medio de lo que se ha llamado la vida líquida (Bauman, 2013) o la sociedad de la decepción (Lipovetsky, 2022). Hay una esencia monástica considerable en el auge actual de la meditación, los retiros espirituales, la literatura de autoayuda o los *masterclass* virtuales relacionados con la gestión de las emociones y la promoción del autoconocimiento. El monaquismo parece ser un *modus vivendi* del que hay algo que aprender, una boya a la que agarrarse o un espejo en el que reflejarse, un estado de no prosperidad, un caminar contra corriente, una manera de guardar una cierta distancia con la vertiginosa realidad y las modas del momento. El monaquismo, tanto desde la incompreensión como desde la apreciación positiva, es algo que desconcierta. Sucede en buena medida porque desde que vio la luz hasta nuestros días mantiene una condición artística. El monasterio es arte y el monje un artista. Su capacidad de interpretar la realidad no deja de sorprender, como tampoco su habilidad de plasmar lo imaginado a través de recursos sencillos y austeros, ni, por último, pero no menos importante, su disposición a organizarse a partir de preceptos que tienen poco que ver con intereses personales y con los que actualmente gobiernan buena parte de nuestras comunidades. San Benito, San Bernardo y tantos otros

monjes que han seguido sus pasos no parecen ser problemas que resolver, sino más bien, misterios que admirar.

Todo lo dicho guarda una relación considerable con la universidad, especialmente con la formación que ofrece. La institución universitaria hunde sus raíces en los monasterios, la vida universitaria medieval bebe de la vida monástica (Tejerina, 2010). Y por esa razón, la formación universitaria está en su derecho de ensalzarse como artística, tiene el derecho de que se la reconozca como tal, a pesar de las circunstancias en las que se encuentre. El objetivo de este trabajo es doble: por un lado, indagar en las fuentes artísticas, y hasta se podría decir monásticas, de la formación universitaria; y, por otro lado, presentar situaciones que deberían ser subsanadas para recuperar o resguardar dichas fuentes. La filosofía de la formación universitaria, tal y como han demostrado grandes pensadores de todos los tiempos, no tiene la función de inventar el hecho o identificarlo, sino intentar ver qué ha empezado en un momento dado, ha crecido y no ha parado de evolucionar, qué es lo que queda como cosa perenne, imperecedera y siempre válida (Bonvecchio, 1991; Fulford & Barnett, 2020).

## 1. FUENTES DEL ARTE DE LA FORMACIÓN UNIVERSITARIA

Tal y como se viene diciendo, para conocer las fuentes del arte de la formación universitaria, es ineludible acercarse a la historia de la universidad con una actitud filosófica. No se puede caer en un historicismo absoluto, es decir, considerar que la formación universitaria es lo que es según sea el momento histórico en el que se encuentra, y que, por lo tanto, hay tantas formaciones como épocas. Se trata más bien de redescubrir la auténtica identidad de la formación universitaria, esa que atraviesa el tiempo y constituye su razón de ser, también en la actualidad y en el futuro venidero. Y se trata sobre todo

de auxiliar dicha identidad, o como se ha dicho, de considerarla una «identidad salvada» (Cantos Aparicio, 2015). La memoria histórica y filosófica que aquí nos compete tiene gran importancia, pues cuando se identifican las propias raíces se cae en la cuenta de la consistencia y validez que tiene el proyecto universitario, y no menos importante, los universitarios pueden llegar a sentir con entusiasmo que su tarea consiste en seguir un itinerario que se emprendió hace siglos.

La universidad, y en buena medida el monasterio, nace con el deseo de conocer, la pretensión de saber, y no cualquier cosa, sino la verdad de las cosas. La pregunta comprometida es el sello de identidad de ese afán de conocimiento verdadero. El primer y gran promotor de tal hazaña y necesidad humana, por lo menos en Occidente, fue Sócrates, el «tábano de Atenas», luego vendrían Platón, Aristóteles, los maestros que trabajaban en de la Biblioteca y el Museo de Alejandría y tantos y tantos otros (Esteban Bara, 2022). Sócrates cuestiona las cosas que se le plantean, pero no de cualquier manera, sino filosofando, buscando la profundidad, no quedándose en lo mítico o superficial y con eso se identifican siglos más tardes los monjes cuando quieren conocer al Dios que es razón creadora y amor incondicional. Ese mismo deseo y actitud se encuentra en los primeros universitarios medievales, y no solo en relación con lo divino, la teología, también con diferentes campos de la realidad, las artes liberales, el derecho y la medicina (Rüegg, 1994). A partir de ese *ethos* se configuran las fuentes del arte de la formación universitaria, también pueden ser llamadas raíces o momentos clave. Son dos fuentes inseparables, una se explica gracias a la otra y viceversa, pero vale la pena tratarlas por separado por una cuestión de claridad positiva.

### 1.1. Fuente Institucional y Edificada

La primera fuente tiene su germen en la vida monástica occidental que, aunque empieza poco después de la muerte de Jesucristo, se consolida y expande durante la Alta Edad Media. La profesión de monje, si se puede decir así, es el origen de la profesión de universitario. En aquella Europa en la que se establece un nuevo orden con la aparición de los Estados, los monasterios representan lugares en los que se salvaguardan las reliquias de la cultura heredada y en los que, a partir de ellas, se va generando paulatinamente una nueva cultura. El claustro monástico es la «casa del saber». Ahora bien, parte de la sociedad del siglo XII considera que ese saber debe salir de los monasterios y ponerse en manos de la ciudadanía. Las escuelas catedralicias, recintos universitarios de aquel entonces, se instalan en los casos históricos de las ciudades. Los también llamados «edificios universidades» o «palacios de las musas» se convierten en símbolos para las urbes, imagen y cuerpo de la institución académica, morada de los académicos. Pero la filosofía del claustro se mantiene.

En los primeros edificios universitarios también había claustros que acogían a maestros y estudiantes y en los que se impartían lecciones y cristalizaba el elogio de la transmisión (Steiner y Ladjali, 2005). Son los mismos claustros que pueden verse en las actuales instituciones universitarias conocidas como tradicionales y que, a pesar de todo, siguen siendo una oda al aislamiento, la autonomía, el recogimiento y el ensimismamiento frente al ruido de las calles y las plazas. El claustro es el lugar privilegiado para el acontecimiento universitario (Campos Calvo-Sotelo, 2000). Resulta interesante recuperar aquí la propuesta de Alfonso X el Sabio, cuando a mediados del siglo XIII la expansión universitaria ya no tenía retorno. En la segunda de sus «Siete Partidas» (2021) presenta las características que debe tener un centro universitario, otrora llamado «Estudio General».

Deben ser edificios preparados para maestros y estudiantes y que se encuentren alejados de la villa. A partir del siglo XV los edificios universitarios ya son macroestructuras con aulas, bibliotecas, salas de actos, parinfos y capillas, diferentes estancias agrupadas entorno al patio central, herencia del emblemático claustro monástico.

En la Edad Moderna aparecen diferentes modelos arquitectónicos de universidad, fundamentalmente cuatro. Uno es el inglés y se refiere básicamente a la *Oxford University* y la *University of Cambridge*. Sobra decir que no todas las universidades inglesas se asemejan a *Oxbridge*, así se suele llamar al tándem de las universidades mencionadas, y por lo tanto, no son representativas de la realidad universitaria inglesa, pero son instituciones paradigmáticas. Su emblema es el *College*, una defensa por antonomasia de la autonomía universitaria. El *College* es docencia y residencia, transmisión de saberes y convivencia, y sus habitáculos se disponen de manera centrífuga entorno al *quadrangle*. Recuerdan a las células monásticas y al claustro. Además, llegan a determinar las ciudades de Oxford y Cambridge, estas pueden ser vistas como consecuencia de los *Colleges* que hay en ellas (Rawle, 1985). Otro modelo universitario es el francés o napoleónico que aparece a comienzos del siglo XIX. Se trata del más alejado del monasterio. Las razones de ser de la universidad napoleónica son las razones del Estado. Su formato refleja la diversidad de saberes y su atomización. Cátedras y departamentos universitarios se reparten en multitud de edificios por la ciudad. Se trata de un modelo universitario que se desentiende de la unión y lo compacto y que instaura la localización múltiple y dispersa. La totalidad del saber o el árbol de conocimiento desaparece a expensas de la fragmentación, con todo lo que ello implica desde el punto de vista formativo (Arana, 2004).

Por otro lado, está el modelo alemán que instaura Wilhem von Humboldt y que él mismo llama «madre de todas las universidades modernas». Está determinado por la investigación conjunta entre profesores y estudiantes y por un notable grado de autonomía frente al Estado, ideas heredadas principalmente de Fichte y Scheleiermacher (VV.AA., 1959). El modelo universitario alemán es considerado un santuario de ciencia y cultura. Se implanta el edificio universidad en forma de U, abierto a la ciudad y con un marcado compromiso urbano y social, tal y como se observa, por ejemplo, en la paradigmática Universidad de Berlín. Y, por último, destaca el campus norteamericano. En él se respira la tradición griega, en tanto que lugar de encuentro y convivencia entre profesores y estudiantes, y la romana, en lo que se refiere al estilo y la composición de los espacios físicos. El campus norteamericano representa una pequeña ciudad alejada de la metrópolis, aunque no está desconectada de ella. Además, el *College* inglés influye de una manera determinante en él, aunque en este caso cuenta con la naturaleza. En muchos campus norteamericanos, como en el modelo alemán, se prescinde de una de las alas del edificio central para insinuar una apertura a la realidad social, para demostrar una «utopía de insularidad» (Calvo-Sotelo, 2002). El campus norteamericano recuerda a las ciudades del saber medievales, y por lo tanto monacales, y al mismo tiempo demuestran una obertura repartida en un entorno natural. Ese continuidad y proyección, combinación de tradición y cambio.

## 1.2. Fuente Identitaria y Trascendental

La segunda fuente hace referencia a un impulso humano del que ya se ha hecho mención más arriba y que viene a ser el motor de la primera. La fuente institucional y edificada queda en poca cosa sin esta que ahora se presenta. En el monasterio,

aunque no solo allí, se quiere alcanzar la verdad y eso conlleva observar y comprender. Tal y como se señaló, si en los monasterios y las primigenias universidades medievales germinó buena parte del patrimonio cultural europeo, no fue debido a que se buscase tal fin, sino consecuencia del fin que se trataba de alcanzar (Ayllón, 2013). Volvemos al *Quaerere Deum*. La Universidad nace del amor hacia el saber, de la curiosidad por conocer, de la voluntad por indagar cuál es la verdad del mundo y de los hombres y mujeres que lo habitan. Pero esa verdad no es solo intelectual, no es únicamente lógica, la incluye siguiendo la tradición griega, pero es más que eso. La verdad monástica y universitaria también incluye una dimensión moral, se podría decir, el bien. Es una verdad que, si se quiere descubrir, requiere los ojos de la razón y los del alma. O si se prefiere así, en la vida monástica y universitaria, no va la inteligencia por un lado y el amor por otro, sino que existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia bañada de amor. Y de eso se deduce que se está hablado de una inteligencia caritativa, para con los demás.

Así pueden entenderse las primeras universidades, en ellas anidaba la confianza en la capacidad humana para buscar y dar con la verdad que conlleva el bien, y hasta la belleza, y también la capacidad para vivir personal y comunitariamente según marca esa búsqueda y sus posibles logros. En las primeras universidades se observa un marcado fin antropológico. Los universitarios son personas que aspiran a vivir en plenitud y contribuir al bien de la comunidad. En las primigenias universidades, si de lo que se trata es de hablar de sensibilidades, la de la verdad y el bien proviene a la de los intereses y apetencias personales. Pero no se trata de una invención universitaria. Platón ya había planteado que la formación no consiste solo en mera acumulación de conocimientos o habilidades, sino en una *paideia*, una formación personal e

íntegra a partir de las riquezas de una tradición intelectual y con la intención de alcanzar una vida virtuosa (Jaeger, 1957). Las diferentes universidades que poco a poco van poblando la Europa de la Alta Edad Media aspiraban con confianza al ideal de la globalidad del saber, el destino estaba en lograr una auténtica *humanitas*, o si se prefiriera así, pretendían una perfección del individuo que había sido llamado a vivir en una comunidad académica. En las primeras universidades se instaura una ecología de la persona. Esta tiene una naturaleza que debe ser respetada y que no puede ser manipulada a su cuenta y riesgo. La persona no es solamente una libertad que él crea y gobierna por sí mismo. La libertad consiste en responsabilizarse de dicha naturaleza, en escucharla y aceptarla tal y como es, en asumir que no es uno mismo quien la ha creado, sino que le ha sido dada.

Sin embargo, la universidad también se ve afectada por lo que podría llamarse la autoalimentación moderna de la razón. Fue prefigurada por Kant principalmente y enarbolada más tarde por el planteamiento dominante de las ciencias naturales. Se trata de una síntesis del platonismo cartesiano y el empirismo, y además, ha sido vinculado al éxito rotundo e imparable de la técnica. Grosso modo, se presupone una estructura matemática de la realidad, una racionalidad intrínseca que permite comprender su fundamento y cómo puede ser utilizada según sean los intereses de cada momento. Así las cosas, la razón se reduce desde un punto de vista epistemológico y también quedan reducidas las riquezas de la realidad, se da otra reducción metafísica. Y ambas favorecen una reducción de la capacidad de la ciencia, de su versatilidad, algo que tiene que ver con una reducción científica. Se da así una cierta patología que no deja de ser paradójica. El método científico permite conocer cada vez más robustamente las estructuras racionales de la realidad, pero al

mismo tiempo, consigue que seamos menos capaces de ver las fuentes de esa racionalidad, es decir, la razón creadora. El conocimiento científico no debería desprenderse de la luz de la sabiduría ética. Esa sabiduría que ha inspirado, por ejemplo, el juramento hipocrático, la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la Convención de Ginebra y otros tantos códigos internacionales de conducta. Hay razones de peso para defender que las universidades prosigan el camino de San Benito y tantos otros monjes y primeros universitarios medievales, aquellos que intuyeron que hacer universidad es madurar hacia la plenitud personal y comunitaria.

## 2. SITUACIONES QUE PREOCUPAN

La formación universitaria que viene fraguándose durante los últimos años parece ir en contra del arte de la universidad, fundamentalmente porque se muestra descendiente con una serie de corrientes de pensamiento. Estas representan un cuádruple reduccionismo: epistemológico, metafísico, científico y antropológico. Actúan de manera conjunta, encajan las unas con las otras, pero vale la pena presentarlas por separado por una cuestión de claridad expositiva.

### 2.1. La promoción de una Particular Utilidad

La apuesta por hacer todo aquello que maximice la utilidad es convincente, y quizás por eso, sobradamente conocida. Se acostumbra a entender que lo útil es todo aquello que aporta placer y felicidad y, del mismo modo, cualquier cosa que ahorra dolor y sufrimiento. El utilitarismo, especialmente el de Jeremy Bentham (1996) ocupa un lugar privilegiado en el actual imaginario social. Parece evidente que cada cual debe encontrar su plan de vida feliz, un plan que, claro está, responda a sus intereses y necesidades. Y entre todos, a nivel comunitario, se trata de localizar qué

cosas producen malestar, por lo menos para la mayoría, y reconstruirlas, reducirlas o liquidarlas. El utilitarismo, si se puede decir así, es la apuesta por proyectos vitales a la carta y por comunidades que estén dispuestas a modificar esa carta las veces que sea necesario, según dicte cada momento.

Sin embargo, el utilitarismo no insiste lo suficiente en algo evidente que la realidad se encarga de demostrar, a saber, que hay proyectos de supuesta felicidad que son perjudiciales para la salud física, mental, social y ecológica, proyectos vitales que atentan contra la propia libertad o que no hay derechos sin deberes asociados. Y otra cosa no menos importante, que el placer y la felicidad tienen la contrapartida del desagrado y el sufrimiento, es más, estaría por ver si no es verdad que los momentos placenteros llegan a cuentagotas y van precedidos de complicaciones y esfuerzo. El propio Stuart Mill, considerado padre del utilitarismo y reformador de la propuesta de Bentham, reconoce que lo más placentero no es siempre lo más útil, humaniza el utilitarismo e insiste en el error que se comete cuando no se apuesta por la capacidad de superación de la persona:

*«Las facultades humanas de percepción de juicio, capacidad de discriminación y actividad mental, e incluso las preferencias morales, se ejercitan solo cuando se elige. [...] Quien deja que el mundo o su parte del mundo, elija su plan de vida por él, no necesita de otra facultad que la simiesca de imitar. Quien elije su plan, emplea todas sus facultades.» (Stuart Mill, 2009: 64).*

La formación universitaria contemporánea ha situado al estudiante en el centro del escenario, lo llama el protagonista; y en no pocas ocasiones, eso se traduce en que dicha formación debe responder a sus intereses y particularidades. Sin ir más lejos, en no pocas universidades y tras la finalización de los cursos y asignaturas, al estudiante se le facilita una encuesta que se llama de «satisfacción». Algunos han señalado que, así

las cosas, la formación universitaria se parece a una cuestión comercial, en la universidad deja de haber profesores y estudiantes y aparecen proveedores y clientes (Molesworth, Scullion & Nixon, 2011). Se podría desvanecer aquel espíritu artístico y monástico en el que la sensibilidad por la verdad gobernaba a la sensibilidad por saciar intereses personales. Y con lo que eso conlleva, que la utilidad y la felicidad en la universidad no sale gratis ni se compra a cualquier precio, incluye esfuerzo, dedicación, fracaso y decepción.

## 2.2. El Elogio de la Eficacia y la Eficiencia

Hay otro patrón de pensamiento que también apuesta por la utilidad, pero en un sentido distinto al anterior. La historia de la universidad es la historia de la voluntad de conocer la realidad. Aquello que tiempo atrás se ignoraba hoy en día se conoce, cada día que pasa se saben más cosas, se agranda el conocimiento de multitud de asuntos. La universidad no está dispuesta a que nada se le resista. Sin embargo, parece ser que esa voluntad de saber se acentúa con la Ilustración. El proyecto ilustrado corre por las venas de la universidad y el *sapere aude* está escrito en su frente. Se considera que la Ilustración, fundamentalmente ella, ha ayudado a que la universidad madurase. No tenía sentido seguir cogidos de la mano de Aristóteles y tantos otros pensadores del pasado. Además, y aquí viene lo fundamental, aquello que se intenta conocer debe llevar el sello de útil en tanto que práctico. Utilidad y practicidad son sinónimos. El pragmatismo impulsado por Charles Sanders Peirce (2008), William James (2016) y John Dewey (1995) principalmente, ha calado fondo. No se trata de conocer por el simple hecho de conocer, sino de buscar las consecuencias prácticas del pensamiento, su eficacia y eficiencia. Richard Rorty, otro pragmatista convencido, lo dice con meridianas y contundentes palabras:

«La finalidad de la indagación es la utilidad, y existen tantas herramientas distintas y útiles como fines a realizar» (Rorty, 2000: 146). Se adelanta más buscando las consecuencias prácticas del pensamiento. Un conocimiento es conocimiento si es práctico, esa debe ser su índole. El criterio de verdad de un conocimiento reside en su eficacia y eficiencia.

La formación universitaria contemporánea se familiariza con este modo de pensar. Una prueba de ello es la lista de Grados y Másteres que se ofrecen, todos y cada uno de ellos deben justificar su utilidad práctica en el ámbito profesional. Es más, muchos planes de estudios, incluso algunos que hoy se consideran imprescindibles, pueden ser puestos bajo la espada de Damocles en el momento menos pensado, justo cuando se empiece a dudar de su utilidad desde fuera de los muros de la Universidad. Hay profesores, estudiantes y profesionales que saben muy bien de lo que se está hablando, sus labores están en tela de juicio, algunos llevan años así, justificando lo que hacen día sí y día también para no desaparecer del mapa universitario y profesional. Sin embargo, esa misma formación universitaria se ha desentendido de algo, al igual que el propio pragmatismo. Hay conocimientos que también son útiles y que no se tienen en consideración. Son tildados de inútiles porque no pueden demostrar su practicidad o, mejor dicho, tienen una practicidad que no cotiza en el mercado (Flexner, 2017; Ordine, 2013). Y, sin embargo, es lógico pensar que cualquier conocimiento es práctico por ser conocimiento y no por tener que demostrar una practicidad concreta. Es más, habría que preguntarse si no es verdad que cuanto menos pueda ser justificado un conocimiento en términos de utilidad y beneficios tangibles, más alto es su valor humano y humanizador. La propia Ilustración podría haber fracasado, no haberse desarrollado de manera completa o tal y como fue concebida: «La Ilus-

tración ha desechado la exigencia clásica de pensar el pensamiento [...] porque tal exigencia distrae de imperativo de domeñar la praxis» (Horkheimer y Adorno, 2016: 78).

Pensar el pensamiento es, desde diversos puntos de vista, una de las actividades humanas más rentables y prácticas que puedan existir. Gracias a ello se accede a la teoría que ilumina cualquier práctica, procedimiento o técnica. La teoría de una práctica consigue que esta última se vea con claridad, sirve para desenvolverla y desarrollarla. No obstante, quizá el mayor beneficio de pensar el pensamiento sea el de pensarse uno mismo. Esa es otra actividad humana de un valor incalculable y, por supuesto, sello e identidad de la vida monástica y universitaria. La formación centrada exclusivamente en la utilidad rentable, en un sentido moderno y posmoderno, se desentendiendo de lo que se viene diciendo. Todo lo señalado tiene que ver fundamentalmente con la formación cultural o humanística, algo que han señalado la mayor parte de filósofos de la universidad para advertir que, sin ella, no hay formación universitaria completa e íntegra (Torralba, 2022).

### 2.3. La Apuesta por la Duda Permanente

Hay otros dos patrones de pensamiento que, aunque son diferentes, acaban haciendo lo mismo, a saber: arremeten contra la verdad. Uno de ellos apuesta por la desconfianza hacia ella e invita a dudar de cualquier cosa que se presente como tal, a fin de cuentas, la verdad nunca se ha dejado atrapar por nadie. Se está hablando del escepticismo (Derrick, 1982). Y el otro, defiende que la verdad es relativa, que depende de la persona que la formula y de las circunstancias en las ésta que se encuentra. No hay verdades imperecederas y no tiene sentido abrazar ninguna con demasiada fuerza, por lo menos no más tiempo del necesario. Aquí se está hablan-

do del relativismo, especialmente del que afecta a la moral (Barrio, 2011). En fin, no es necesario ir detrás de nadie porque no hay nadie que sea adalid de la verdad; no hay que creer lo que se escucha o sí, pero siempre con una actitud dubitativa, hasta los expertos están en entredicho. Uno puede andar tranquilo pensando lo que considere, su verdad sobre algo puede ser tan válida como la del de al lado, cada uno ve las cosas a sus maneras. Todo cambia, nada permanece. La sombra de Heráclito y sus seguidores es demasiado alargada, o como algunos autores afirman, se ha consumado su victoria (Bellamy, 2020). También han dado sus frutos las propuestas filosóficas de Marx, Nietzsche y Freud, los conocidos como: «maestros de la sospecha» (Torralba, 2018).

Sin embargo, tras estas seductoras propuestas hay cosas importantes que suelen quedar en un segundo plano y, por lo tanto, no reciben la atención que merecen. Para empezar, «¿no es una insigne extravagancia querer examinar y refutar mutuamente nuestras ideas y opiniones, si todas ellas son verdaderas para cada uno, si la verdad es como la define Protágoras?» (PLATÓN, 2003: 161d). Pero es que, además, las dos propuestas, la escéptica y la relativista moral se refutan a ellas mismas en sus propias formulaciones, caen en una *contradictio in terminis*. Que la verdad es relativa y que resulta imposible conocer alguna verdad absoluta son proposiciones que hay que admitir como verdaderas. Al parecer, ya hay alguna verdad que otra y, dicho sea de paso, no son cualesquiera.

También se puede rescatar una incongruencia. Por un lado, nos sitúan en un terreno de absoluta y aparente libertad. Se podría enunciar así: entre y piense usted lo que quiera. Por otro lado, esa libertad está acotada en un doble sentido. Si hay algo que nos hace libres es justamente la verdad. Cuando no se tiene, o mejor, no se la busca, la persona se convierte en un

blanco perfecto para la manipulación y el engaño. La libertad no se alcanza pensando lo que uno quiera, sino queriendo pensar de la mejor manera posible, caminando tras la verdad de las cosas. Y la libertad también está acotada porque uno puede pensar lo que quiera, siempre que sea como señala el escepticismo y el relativismo moral. El derecho a pensar de otra manera queda anulado (Wiesenthal, 2021).

Ciertamente, se ha llegado a un punto en el que da cosa pensar que no todo es relativo o que pueda haber verdades imperecederas. Y no por falta de capacidad o de voluntad, sino por las consecuencias que acarrea. Se puede salir malparado si se sigue la siguiente máxima aristotélica que, por otro lado, bien podría ser la definición del sentido común: «decir de lo que es que no es, o de lo que no es que es, es lo falso; decir de lo que es que es, y de lo que no es que no es, es lo verdadero» (ARISTÓTELES, 2014: 1011b 26-28). Es más, también se puede identificar la búsqueda de la verdad con el autoritarismo y hasta con la violencia. Es bien sabido que las verdades no siempre caen con agrado, en demasiadas ocasiones no hacen ninguna gracia, pero vincularlas automática y gratuitamente con el ataque personal o colectivo no es la solución (Barrio, 2022). Algunos incluso afirman que sale más a cuenta callar y otorgar o hasta abrazar mentiras, parece ser «...que la falsedad posee una ventaja intrínseca sobre la verdad, simplemente porque no está atenazada por el tedioso yugo de la realidad» (Phillips, 2022: 105).

Además, en ese terreno de supuesta libertad es difícil adquirir convicciones fuertes. En la calle, medios de comunicación o redes sociales es fácil dar con individuos apasionados por verdades, defendiéndolas como si la vida les fuera en ello. Sin embargo, la realidad demuestra que, salvo excepciones, son arraigos ocasionales y circunstanciales. Casi nadie se

casa con nada a no ser que lo que se le proponga sea un matrimonio de conveniencia. «Estos son mis principios. Si no le gustan tengo otros», la emblemática frase de Groucho Marx quizá sea la que mejor representa lo que aquí se está diciendo. La vida así es fluctuante, y aunque pueda ser provechosa, útil y rentable desde muchos puntos de vista, parece ir en contra de una vida sólida, en busca de sentido o lograda (Frankl, 2015; Llano, 2017). Es normal cambiar de opinión, abandonar unas verdades para hacerse con otras, pero ese no es el fin, sino el camino, la meta es buscar verdades que valgan la pena, verdades a las que abrazarse porque lisa y llanamente son insuperables. Lo relativo, en cualquier caso, es el modo, el momento, el lugar y con ayuda de qué personas y cosas se encuentran las verdades.

El escepticismo y el relativismo moral podrían ir en contra del arte de la formación universitaria, pues si esta se fundamenta en algo es en la búsqueda de verdades. La vida monástica y la posterior vida universitaria tenían ese cometido, esas vidas no eran vidas de mera opinión personal, sino de cultivo del pensamiento crítico encarado hacia la verdad de las cosas. Y no se trata solo de un pensar, sino de un ser, el pensamiento crítico redundaba en el espíritu crítico, en un carácter típico y propio de la universidad y de las personas que transitan por ella (Newman, 1986).

## CONCLUSIÓN

Ha sido necesario acudir al monasterio y a las primigenias universidades para tratar el arte de la formación universitaria. Un arte que hoy se ve amenazado por una mezcla de utilitarismo, pragmatismo, escepticismo y relativismo. Esos modos de pensar parecen encajar en la realidad en la que vivimos y en la universidad que es uno de sus principales jueces y una de sus partes fundamentales. La universidad se adapta a la realidad en la que se encuentra

hasta el punto de querer ser una réplica suya. Por un lado, se acomoda al modo de pensar mayoritario, a aquel escepticismo y relativismo del que se hablaba. El estudiante puede entrar a formar parte de una comunidad de buscadores de verdades y salir de ella sin llevarse casi ninguna. Y el profesor, especialmente el de humanidades y ciencias sociales, para no incomodar a nadie ni ser tildado de arrogante, suele guardarse las verdades que ha ido encontrando o hacer como si no las conociera. Por otro lado, la universidad se ajusta a la realidad profesional. Se suceden las investigaciones, innovaciones y evaluaciones, sobre todo eso último, para que la formación universitaria y dicha realidad sean un calco. La institución universitaria que más triunfa hoy en día es la que mejor forma a sus estudiantes para las profesiones.

Pero la formación universitaria no es solo ni principalmente eso. Ser universitario es vivir, pensar y actuar como tal. Ser universitario va mucho más allá de una preparación profesional altamente cualificada. Detrás de un profesional, y también de un ciudadano, hay una persona, pues es allí donde está el universitario. Tal y como nos enseña el monaquismo y las primeras universidades, la persona, en tanto que persona, es el principal objetivo formativo de la misión universitaria, la razón fundamental que la justifica y le otorga derecho de existencia. No se pretende criticar que la universidad se dedique a la formación profesional, eso lo viene haciendo desde hace siglos, se quiere advertir más bien del peligro de que se dedique exclusivamente a ella. Eso es lo que parecer ser que sucede durante los últimos años, desvirtuando así el proyecto universitario. La Universidad está para formar buenos profesionales, pero eso puede ser contraproducente si antes no se dedica a formar profesionales buenos.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALFONSO EL SABIO (2021). *Las Siete Partidas*. Barcelona. Linkgua.

ARANA, Juan (2004). *El caos del conocimiento. Del árbol de las ciencias a la maraña del saber*. Pamplona. EUNSA.

ARISTÓTELES (2014). *Metafísica*. Madrid. Gredos.

AYLLÓN, José Ramón (2013). *Los pilares de Europa. Historia y filosofía de occidente*. Pamplona. EUNSA.

BARRIO, José María (2011). *La gran dictadura: anatomía del relativismo*. Madrid. Rialp.

BARRIO, José María (2022). La verdad sigue siendo muy importante, también en la Universidad. **Teoría De La Educación. Revista Interuniversitaria**, Vol. 34 Nº 2, pp. 63–85.

BAUMAN, Zygmunt (2013). *Vida líquida*. Barcelona. Planeta.

BELLAMY, François-Xavier (2020). *Permanecer*. Madrid. Encuentro.

BENTHAM, Jeremy (1996). *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation*. Oxford. Oxford University Press.

BONVECCHIO, Claudio (Ed.) (1991). *El mito de la universidad*. Buenos Aires. Siglo XXI Editores.

CAMPOS CALVO-SOTELO, Pablo (2000). La arquitectura de la Universidad. **Revista Interuniversitaria Historia de la Educación**, Vol. 19, pp. 207-224.

CAMPOS CALVO-SOTELO, Pablo (2002). *El viaje de la Utopía*. Madrid. Editorial Complutense.

CANTOS APARICIO, Marcos (2015). *Razón Abierta. La idea de universidad en J. Ratzinger/Benedicto XVI*. Madrid. Universidad Francisco de Victoria-Biblioteca de Autores Cristianos.

DERRICK, Christopher (1982). *Huid del escepticismo*. Madrid. Edi-

ciones Encuentro.

DEWEY, John (1995). *Democracia y Educación*. Madrid. Morata.

ESTEBAN BARA, Francisco. (2022). Extravíos de la formación universitaria contemporánea. **Teoría de la Educación. Revista Interuniversitaria**, Vol, 34, Nº, 2, pp. 23-41.

FLEXNER, Abraham (2017). *The Usefulness of Useless Knowledge*. Princeton. Princeton University Press.

FRANKL, Viktor (2015). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona. Herder.

FULFORD, Amanda & BARNETT, Ronald (Eds) (2020). *Philosophers on the University. Reconsidering Higher Education*. New York. Springer.

HORKHEIMER, Max y ADORNO, Theodor (2016). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid. Trotta.

JAEGER, Werner (1957). *Paideia*. México. Fondo de Cultura Económica.

JAMES, William (2016). *Pragmatismo*. Madrid. Alianza Editorial.

LECLERCQ, Jean (2008). *El monaquismo occidental avui*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat,

LIPOVETSKY, Gilles (2022). *La sociedad de la decepción*. Barcelona. Anagrama.

LLANO, Alejandro (2017). *La vida lograda*. Barcelona. Ariel.

MOLESWORTH, Mike, SCULLION, Richard & NIXON, Elisabeth (2011). *The Marketisation of Higher Education and the Student as a consumer*. Abingdon. Routledge.

NEWMAN, John Henry (1986). *The idea of a university*. Notre Dame. University of Notre Dame Press.

ORDINE, Nuccio (2013). *La utilidad de lo inútil*. Barcelona. Acantilado.

PHILLIPS, Tom (2022). *Verdad*.

*Una breve historia de la charlatanería.* Barcelona. Paidós. [bledevelopment/es/](https://www.bledevelopment.es/)

PIERCE, Charles (2008). *El pragmatismo.* Madrid. Encuentro.

PLATÓN (2003). *Teeteto.* Madrid: Biblioteca Nueva.

RAWLE, Tim (1985). *Cambridge Architecture.* London. Andre Deutsch.

RORTY, Richard (2000). *El pragmatismo, una versión antiautoritarismo en epistemología y ética.* Barcelona. Ariel.

RÜEGG, Walter (Ed.) (1994). *Historia de la Universidad en Europa. Las universidades en la Edad Media.* Bilbao. Editorial de la Universidad del País Vasco.

STEINER, George y LADJALI, Claude (2005). *Elogio de la transmisión.* Madrid. Siruela.

STUART MILL, John (2009). *Sobre la Libertad.* Madrid. Alianza.

TEJERINA, Faustino (2010). *La universidad. Una historia ilustrada.* Madrid. Turner.

TORRALBA, Francesc (2018). *Els mestres de la sospita: Marx, Nietzsche, Freud.* Barcelona. Fragmenta.

TORRALBA, José María (2022). *Una educación liberal. Elogio de los grandes libros.* Madrid. Encuentro.

VV.AA. (1959). *La idea de la universidad en Alemania.* Buenos Aires. Editorial Sudamericana.

VV.AA. (2010). *San Benito «La Regla».* San Gregorio Magno Libro II de los Diálogos. Madrid. Biblioteca de Autores Cristianos.

WIESENTHAL, Mauricio (2021). *El derecho a disentir.* Barcelona. Acanalado.

## Referencias electrónicas

Objetivos de Desarrollo Sostenible. Consultado el 13 de Abril de 2023. <https://www.un.org/sustaina->